

mente por su movimiento normal, venido de abajo; al contrario por sus autoridades, por su gobierno, por el movimiento de arriba, trabaja para consolidar la esclavitud. Peor aún, la fe predicada por San Pablo y llegada á ser la de toda la Iglesia, crea todavía una distinción nueva y terrible, la que separa eternamente los elegidos y los réprobos. En el budhismo son rechazadas las condenaciones irremisibles: todo lo que palpita consciente ó inconscientemente goza de una perfecta igualdad con todos los otros seres por el solo hecho de su existencia. «Ni superiores, ni inferiores; no hay otro lazo que el de la fraternidad universal». Nadie debe arrodillarse delante de otro por grande que sea; que nadie se yerga con orgullo delante de quien quiera que sea, aun ante el más vil. En la religión cristiana, por el contrario, hay hombres por los cuales no se debe rogar; los hay que han de ser siempre maldecidos ¹.

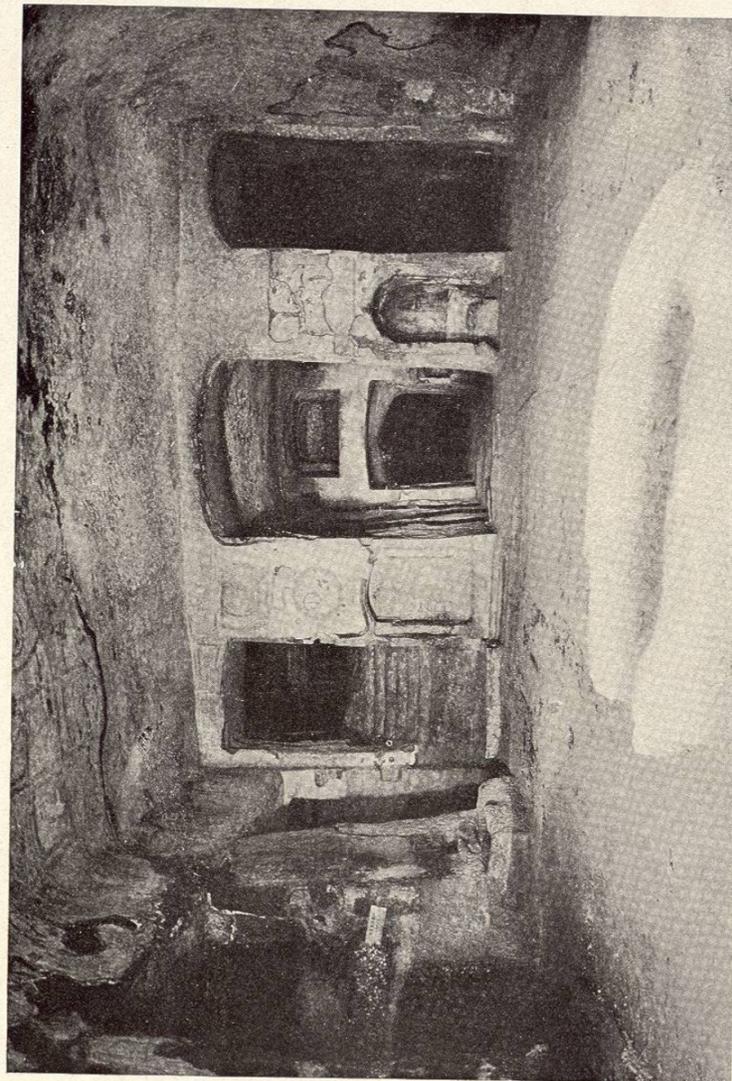
En definitiva, ¿qué hay que pueda ser considerado como específicamente cristiano? La doctrina de San Pablo, su teoría de la Redención por la Gracia. El pecador es perdonado, justificado, santificado por decreto especial que le atribuye los méritos de un inocente; es absuelto, no por ningún mérito propio, ni siquiera porque él mismo lo haya pedido, sino porque le place al juez divino. Es una justicia manifestada por una triple arbitrariedad, es el reinado del Capricho ².

El Imperio romano, gracias á su majestuosa unidad, se prestaba á la extensión de un culto único: un solo emperador, una sola ley implicaba la existencia de una sola fe; pero era preciso librar batalla. El conflicto entre las diversas religiones de Oriente, que trataban de obtener la supremacía sobre las almas, se terminó en favor de los Nazarenos, cuya fe se confundía sobre tantos puntos con la filosofía griega; sin embargo, faltaba adaptarle perfectamente al medio de las instituciones y de las costumbres: lo que no podía cambiar se resistía á aceptarlo. Y ante todo, ¿cómo establecer relaciones normales con el gobierno?

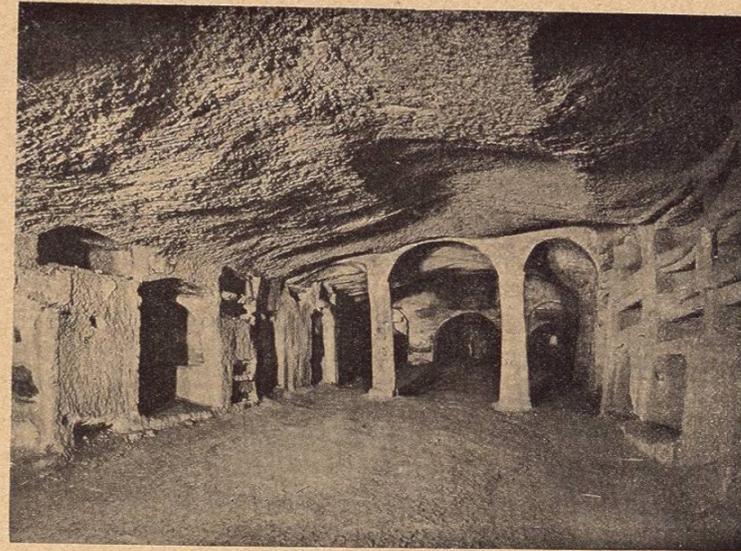
Una generación de rebeldes podía bien entrar en lucha, confiada en las promesas de su profeta ó de su Dios, y viéronse, en efecto, numerosas comunidades cristianas constituirse libremente sin confor-

¹ I Corintios, xvi, 22.

² Elie Reclus, *Notas manuscritas*.



CATACUMBAS DE SAN GENARO EN NÁPOLES
Las paredes y el techo están cubiertos de pinturas



CATACUMBAS DE SAN GENARO EN NÁPOLES

marse con las leyes, debido á que se esperaba el próximo fin del mundo: los fieles no dudaban del cumplimiento de las predicciones anunciadas. El cielo iba á desgarrarse y la tierra á entreabrirse; todas las cosas visibles iban á desaparecer en un inmenso incendio; luego, después del gran estrago de la muerte universal, iba á ser pronunciado el juicio final sobre todo lo que vivió. En vísperas del cataclismo supremo en que habían de hundirse los malos para toda una eternidad, era fácil responder con energía: «¡Primero desobedecer á los hombres que desagradar á Dios!»

Pero el día de la gran cólera que había de anonadar la tierra se hacía esperar de año en año y de década en década, mientras que los emperadores continuaban reinando en Roma. Convenía proceder con prudencia para no arriesgar inmediatamente la libertad ó la vida, porque una multitud, aunque elevada sobre sí misma por una idea moral ó por un fanatismo colectivo, jamás se compone en su conjunto de hombres que arriesgan heroicamente su existencia: la mayor parte se esfuerzan para conservarla buscando acomodamientos entre su conciencia y la necesidad de los tiempos. He ahí

por qué la Iglesia proclamaba bien alto su respeto á las autoridades, que «tienen el cuchillo en la mano»; todo fiel se complacía en declararse estricto observante de las leyes, súbdito obediente á sus señores. Sin embargo, la Iglesia no podía evitar las persecuciones, puesto que inspirada por el «espíritu de Dios», aspiraba necesariamente por eso mismo á la dominación absoluta y se hallaba en conflicto con otra potencia soberana, la de los emperadores: ocultaba sus designios, mas por su propia humildad continuaba preparando su realización. Si la «locura de la cruz» hubiera animado á todos los confesores de la fe cristiana, como lo refieren los martirologios, redactados mucho tiempo después, cuando el cristianismo á su vez se había convertido en religión dominante, el poder hubiera procedido contra ellos por un exterminio metódico, y Tertuliano no hubiera tenido jamás ocasión de lanzar su apóstrofe famoso sobre la presencia de los cristianos en todas las partes del Imperio, en los ejércitos, en los pretorios y en los palacios; porque el hecho es que si habían podido deslizarse por todas partes, es que en todo lugar se habían acomodado á instituciones reprobadas por sus convicciones íntimas. Excepto en algunos períodos excepcionales, los súbditos cristianos no tuvieron que sufrir la opresión sistemática de los grandes, y las persecuciones que se produjeron fueron más determinadas por odios de raza ó de clase que por disensiones religiosas. En los ejércitos, los emperadores y sus lugartenientes persiguieron á los cristianos no en su calidad de depositarios de la fe y de reguladores de las ceremonias religiosas, sino como jefes de legiones: cuando algunos soldados que profesaban el nuevo culto se negaban á hacer sacrificio ante las enseñas y las águilas, los dioses del gran cuerpo militar, se hallaban en una posición análoga á la de los reclutas anarquistas de nuestros días que niegan su saludo á la bandera¹.

La adaptación, ó al menos cierto acomodamiento á las costumbres nacionales en cada parte del Imperio, era tan indispensable al cristianismo como el favor ó la tolerancia del poder. Esta evolución no dejó, pues, de hacerse. Primeramente el cristianismo,

¹ Eugène Guillaume, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1897.

tomando su forma definitiva, se presentó de modo que se hiciera muy aceptable á los ojos de la sociedad romana. Aunque la mayor parte de sus miembros fuesen pobres, humildes, esclavos é hijos de esclavos, se desprendieron pronto de sus primeras prácticas de comunismo, que les hacían sospechosos á los mercaderes y proveedores de toda especie y que habían sido probablemente la causa del primer «martirio de la fe»: si la multitud fanática de los Judíos lapidó al «diácono» Esteban, fué precisamente porque era el gerente, el personaje más visible de la pequeña comunidad cristiana que tendía por la asociación de las fuerzas á socavar las bases de la sociedad «tradicional». Los cristianos aprendieron pronto á no atraerse la cólera de los vendedores al por menor. Cuando el apóstol Pablo, predicando en Efeso, quiso atraer la multitud hacia un dios nuevo, los industriales interesados se amotinaron contra él, sobre todo los plateros, «fabricantes de templecillos de plata, con que ganaban su subsistencia». Vivían del culto de la diosa local, y para salvar su pan diario gritaron de concierto durante dos horas: «¡Grande, grande es la Diana de los Efesios!»¹. Trescientos años después habían cambiado las industrias, pero el espíritu de lucro había permanecido el mismo, porque habiendo proclamado los concilios que la Virgen María conservaría su título de «Madre de Dios», y que las medallas que tenían ese nombre conservarían siempre su carácter de santidad, el pueblo de Efeso se llenó de júbilo, y se precipitó en las calles á los pies de los obispos para abrazar sus rodillas².

La organización interna de la Iglesia se modeló también sobre la del Imperio; los sucesores de los apóstoles se hicieron sacerdotes, y poco á poco se estableció la jerarquía entre los obispos, los sacerdotes y los simples catequistas: los fieles hubieron de habituarse á la obediencia, y los ágapes fraternales de los primeros años de amor y de entusiasmo fueron abandonados so pretexto de escándalo. Mientras los creyentes fueron iguales y constituían la «asamblea», comían fraternalmente en común; pero en cuanto la Iglesia tuvo vigilantes y superiores se hizo necesario que se sentasen á mesas diferentes. Los sacerdotes se distinguieron del común de los convertidos

¹ *Hechos de los Apóstoles*, xix, 24 á 34.

² Montesquieu, *Esprit des Lois*, l. xxv, c. 11.

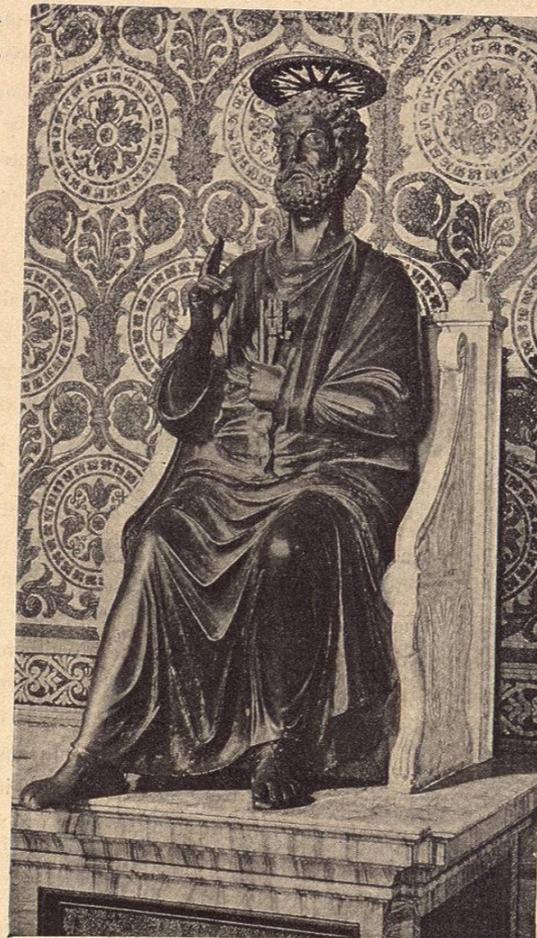
y comieron aparte: hasta sus alimentos tomaron carácter divino, conveniente á seres que habían llegado á ser sagrados. Así fué como en la Iglesia católica, la «cena», que suele imaginarse haber tenido por modelo la Pascua de Jesús con sus discípulos, resultó reproducir con mucha mayor exactitud la comida sagrada de los sacerdotes mazdeos. El sacerdote del Cristo bebe el licor de la vid ante los fieles, lo mismo que el *dsjonds* bebía la savia del homa; traga la hostia lo mismo que su predecesor iranio tomaba el *darun*, ruedecilla también de harina cocida sin levadura¹.

Una de las causas asignadas por Tácito al relajamiento del lazo nacional y á la decadencia de la personalidad romana, la afluencia de los bárbaros á Roma, tuvo ciertamente una importancia capital: la historia ha suministrado frecuentes ejemplos de ello y continúa suministrándolos. Los extranjeros cambian rápidamente la vida de una aglomeración urbana, aun cuando disten mucho de igualar en número á los habitantes de origen local, porque impulsados por el amor de las aventuras ó alguna ambición tenaz, sobresalen por lo común sobre los indígenas por la energía de las pasiones y el poder de la voluntad. Cuando la llegada del apóstol Pablo á Roma ya se contaban allí de 25000 á 30000 Judíos, y como los Cristianos se mezclaban entre ellos á los adoradores de la antigua fe, estableaban luchas sin cesar, de modo que el emperador Claudio lanzó contra ellos un decreto de destierro colectivo. Pero volvieron, y la propaganda, el malestar presente y el deseo de mejorar multiplicaron sus multitudes. Por las ideas, las tradiciones, los deseos y los odios, los Judíos cristianizados y los Gentiles de toda raza que aceptaron la fe de Cristo, se hicieron completamente extraños á la religión de la ciudad romana, de tal modo que bien se les pudo acusar con alguna verosimilitud de haber encendido, en tiempo de Nerón, aquel terrible incendio que, de los catorce distritos de Roma, destruyó completamente tres, y de siete no dejó más que paredones ennegrecidos. El hecho es que la multitud, persuadida de la culpabilidad de los Cristianos, aplaudió su suplicio en los jardines de Nerón. Si no se hallaba ningún incendiario entre aquellos hombres

¹ R. C. d'Ablaing van Giessenburg, *Evolution des Idées religieuses dans la Mésopotamie et dans l'Égypte*, ps. 149 á 151.

que predecían constantemente la destrucción de Roma como el preliminar de la venida del Cristo Redentor y del principio de la nueva edad de oro, el «Reinado de Mil Años» al menos debían regocijarse de aquel acontecimiento en el que veían el cumplimiento de las profecías, y esa alegría del triunfo experimentado de antemano, no podía menos de hacerles pasar por cómplices: en tiempo de lucha suele bastar una prueba de complicidad «moral».

Desde el fin del siglo II después del nacimiento de Jesús, el Cristianismo tenía, si no la forma que presenta en nuestros días, á lo menos todos los rasgos bosquejados que hacían de él un cuerpo bien definido y cuyas modificaciones se han operado después gradualmente. Los Cristianos, que se acomodaron lo mejor que pudieron á la filo-



Cl, Alinari.

ESTATUA DE SAN PEDRO EN ROMA

Esta estatua en bronce, cuyo pie derecho besan los fieles, se considera generalmente que data del siglo V, pero algunos especialistas le creen muy posterior, quizá del siglo XII.